

De una conversación con el embajador Raúl Valdés sobre Octavio Paz*

“Bueno, ¿y qué?, ¿cree que en la India no nacen niños?”, le respondió irónicamente el director en jefe Alfonso de Rosenzweig Díaz a Raúl Valdés, segundo secretario del Servicio Exterior Mexicano (SEM). Semanas atrás, éste había recibido la notificación de su traslado de la Embajada de México en El Salvador a la de Tokio. Llegó a la Cancillería y se entrevistó con Rosenzweig para despedirse de él. Entonces, su ex jefe y amigo le aclaró que en realidad su traslado no era a Japón sino a la India. A Valdés lo desconcertó su nuevo e inesperado destino diplomático. Antes de asimilarlo, argumentó inútilmente que tenía una hija de dos meses de nacida, por lo que le parecía un traslado bastante complicado. Insistió, pero su jefe saldó el tema con la ironía que inicia este texto, a la cual Valdés finalmente respondió: “Sí señor, y nacen muchos”.

Hoy en día embajador eminente (gracias a su larga y meritoria carrera), viajó a Nueva Delhi con su familia para incorporarse a la misión encabezada por el poeta y escritor Octavio Paz. Se incorporó al SEM en el año de 1960 y fue nombrado segundo de abordo o jefe de Cancillería. Permaneció en la India de junio de 1964 a junio de 1968, y posteriormente fue trasladado a Cuba. A su arribo, contaba con 31 años y tenía el rango de segundo

* Este texto forma parte del libro *Octavio Paz, embajador en India: documentos e informes*, de próxima aparición.

secretario. Por su parte, el embajador Octavio Paz tenía 50 años; en 1962 había tomado las riendas de la embajada en Nueva Delhi, en sustitución del doctor Salvador Pardo Bolland.

Aunque conocía a Paz por referencias, no habían trabajado juntos con anterioridad. Acompañar al escritor en su encomienda diplomática enriqueció mucho su visión y su formación diplomática. En particular, lo influyó bastante la energía que el diplomático y poeta puso en intensificar las relaciones culturales entre ambos países, una actividad que desbordaba la promoción de los valores culturales y artísticos tradicionales de México, como fue la exitosa presentación de la muestra *Retrato de México*, que se exhibió a partir de 1964, primero en Manila, Filipinas, y después en Calcuta, Madrás, Nueva Delhi y concluyó en Bombay. Paz estableció un verdadero diálogo entre culturas; un acercamiento inédito. En la conducción de las relaciones bilaterales, además de la economía, el comercio y la política, la cultura ha tenido un lugar no menos significativo en la tradición y las normas diplomáticas de México. Octavio Paz potenció ese aspecto de una manera notable.

Precisamente por esa confianza en la diversidad cultural, el embajador Paz se ocupó en persona de un acontecimiento singular. Como se sabe, fue largo y complicado el proceso de descolonización de la India. No pocas veces la representación diplomática mexicana hubo de mediar entre los gobiernos de Portugal y la India, ya que ambos pidieron a México que se hiciera cargo de sus intereses en los respectivos países. En el año de 1961, después de infructuosas gestiones, la India ocupó por la fuerza las antiguas colonias portuguesas de Goa, Diu y Damao, en el Mar de Arabia, que se habían convertido en activos centros de contrabando. Este acontecimiento era importante, sobre todo porque con la permanencia de tales colonias se desvirtuaba el proceso de descolonización del que la India había sido pionera.

A Paz le parecía legítimo y necesario que el gobierno indio defendiera su reciente soberanía, pero le preocupaba también que las expresiones y los valores culturales latinos, aunque hubiesen sido transmitidos por el dominio portugués, fuesen negados y desterrados férreamente del territorio indio; su negación radical implicaba un empobrecimiento cultural en aras

de un nacionalismo intransigente y revanchista. Su preocupación fue tanta que —refiere Valdés—, Paz se permitió tratar este tema directamente con varios miembros de la elite política local y manifestarles su desacuerdo.

Valdés, como ya se dijo, era el segundo de a bordo del embajador Paz y trabajó muy de cerca con él, compartiendo encomiendas y abriendo rutas para ampliar las relaciones. Cubrió eficazmente las ausencias del escritor, razón por la que varios de los informes que aparecen en *Octavio Paz, embajador de México en India* fueron suscritos por Valdés como encargado de negocios, *a. i.* Fue el caso de los primeros meses del año de 1966, cuando Paz contrajo nupcias. En una larga carta a su amigo Jean-Clarence Lambert recreó su boda con Marie José: “Sí, nos casamos el día 20 de enero, en el jardín, ante un juez indio, tres testigos —el embajador de Argelia, Sham Sal (un escritor) y Krishen Khana (un pintor)—, bajo un gran árbol nim y en presencia de muchas ardillas, loros, milanos, águilas, cuervos, bulbules, hormigas, mirlos, lagartijas y otros pájaros y bestias —los únicos invitados. Un matrimonio al aire libre como homenaje al amor libre”. En una reciente entrevista, Marie José recuerda vivamente ese día, pues la ceremonia estuvo marcada también por el rugido de una manada de tigres de Bengala: “Es que era la hora en que daban de comer a los tigres en el zoológico que estaba cerca”. Bueno, la verdad es que también Valdés y su familia, al igual que los otros miembros de la embajada, departieron gustosamente y por un buen rato con el nuevo matrimonio.

Tiempo después una imponente y peligrosa cobra, que seguramente no fue convidada a la ceremonia, se internó en los jardines de la embajada. Al advertir su presencia, Paz llamó de inmediato a Valdés para convenir qué hacer con el enorme bicho. Decidieron llamar a la policía, a los bomberos y a otras autoridades, pero sus llamados fueron desoídos. Quizás la condición sagrada de la serpiente, de acuerdo con la tradición, impedía que fuera eliminada por completo. Fue entonces que alguien aconsejó a Valdés que buscara al “encantador de serpientes” que trabajaba en una zona hotelera próxima. Así lo hizo. El jefe de Cancillería lo buscó entre los hoteles de turistas y regresó más tarde con un hombre moreno y delgado, armado únicamente con un robusto canasto y una delgada flauta; enseguida se puso a trabajar y más tarde avisó que había cumplido su tarea. Les

explicó que debían abrir surcos perimetrales y llenarlos con piedras para mantener a raya a los impresionantes ofidios.

Valdés recuerda que el embajador Paz era muy reservado con su trabajo de escritor. En su oficina se veían en ocasiones algunas hojas de papel tachonadas y arrugadas. Sólo en un par de veces lo escucharon lamentarse en voz alta por mandar a la oficina de correos un nuevo manuscrito al que debió corregir o agregar una línea o explicitar aún más una idea. Se preguntaba si todavía podía detener el despacho de su texto. En realidad, en gran medida se concentraba en las tareas de la embajada. Por igual se mantenía alerta y lo impresionaban los problemas de su país de adscripción y los de aquéllos en que tenía acreditación concurrente: Ceilán, hoy Sri Lanka, y Afganistán.

A principios del mes de noviembre de 1966, Paz le envió una carta a su amigo y poeta Tomás Segovia, en la que además de comentar libros en proceso de escritura, le participaba una “noticia local”:

Ayer hubo diez muertos en una manifestación de hindúes (en el sentido religioso: no indios), acaudillados por los sadúes (entre ellos un centenar de nayas, ascetas totalmente desnudos pero armados de tridente, arma de Shiva, con los que agredieron a la policía) y por el Jan Sangh (partido de extrema derecha, muy popular entre los campesinos y todos los devotos o, como aquí los llaman “ortodoxos”). Pedían que el gobierno decretase la prohibición absoluta de matar vacas (el rastro es una actividad en manos de los musulmanes).

Paz redactó un extenso informe sobre estos hechos. Percibía que el asunto era mucho más grave que una prohibición de índole religiosa: la pobreza y la crisis alimentaria que padecía periódicamente la población. “Hay —prosigue Paz— 250 millones de vacas (el 90% no dan leche, se comen todo el pasto y son una de las causas de erosión) y dentro de 10 años serán 400 millones, ya que se reproducen a un ritmo mayor que los humanos (vacas: 6%; humanos: 2%)”. Una realidad paradójica, pues, como lo refiere, “mientras tanto, en Bihar y en otros estados reina el hambre —no la desnutrición: el hambre, el comer raíces y gusanos. Según parece, han

muerto ya 14 personas. Un inmenso campo de concentración —no la obra de un Hitler o de un plan de exterminio sino la *ausencia* de plan”.

Su informe concluía con un “dato curioso: en la jungla también hay hambre y sed y hace unos días un elefante detuvo en plena carretera un camión, cuando el chofer paró el coche, salieron de la espesura otros cinco elefantes (hembras y crías) que se comieron todo lo que había y destruyeron el camión —exactamente como los manifestantes de ayer”.

Pero Paz no era un testigo más de una dramática situación, por el contrario, se empeñó en contribuir a modificarla. Fue un ejercicio de cooperación Sur-Sur, es decir, sin beneficio ni dominancia alguna, afirma el embajador Valdés, al recordar cómo se instrumentó el traslado de semillas mejoradas de trigo y la asistencia técnica de agrónomos mexicanos —destacadamente el técnico Ignacio Narváez— en la India, todo ello gestionado por su superior jerárquico.

Nuestras relaciones bilaterales fueron muy fructíferas en materia de política y de cultura. Las económicas y comerciales tuvieron un ritmo distinto, no por falta de promoción, sino por las condiciones estructurales de las economías mexicana e india. Pero se abrieron algunos rubros memorables. Del Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), especialmente de sus instalaciones localizadas en Sonora, se obtuvieron semillas mejoradas de trigo y se llevaron a la India. Se trataba de un “trigo enano”, resistente a los cambios de clima y más abundante en términos de su cosecha. Su obtención, sin duda valiosa, estuvo financiada en parte por la Fundación Rockefeller, institución que patrocinó también la proliferación de los cultivos en la India.

Los campesinos indios eran recelosos de las semillas mexicanas, no por su origen geográfico, sino por el aprecio a sus propias variedades, aunque fuesen débiles y poco rendidoras. Valdés explica que la variedad de trigo silvestre cultivada allá era una hermosa planta que crecía muy alto y de tallos enormes, lo que le imprimía una visión especial a los paisajes rurales. Sin embargo, apenas enfrentaba una fuerte ventisca, el trigo se acamaba y perdía en la intemperie.

Raúl Valdés insiste en que no fue sencillo introducir las nuevas semillas: hubo que organizar un programa piloto y persuadir pacientemente a

distintos grupos de campesinos. Él estuvo comisionado por su embajador para supervisar las tareas, además de promoverlas: tomaba en una mano una muestra del trigo mexicano y en la otra la variedad endémica, y las mostraba a los ojos de los desconfiados campesinos. Luego de que éstos se convencieron de las bondades de su cultivo y comprobaron que el volumen de su rendimiento era cuatro o cinco veces mayor, lo adoptaron. Los científicos indios estudiaron las semillas e, incluso, le cambiaron una cierta coloración que adquiriría la masa de trigo ya horneado, la cual causaba rechazo entre los consumidores. Se calcula que inicialmente se enviaron a la India 200 toneladas de semilla de trigo, “Sonora 63 y 64”, y que con el paso del tiempo se tradujeron en el fin de las hambrunas.

Fue una acción que enorgullecó a Octavio Paz, a la vez que le produjo un cierto desencanto por el poco aprecio oficial que recibió la cooperación mexicana. Así lo hizo patente en el informe que escribió a la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE).

La vida en una embajada no siempre es fácil. Se comparten desde la lejanía, como les ocurrió a Paz y a Valdés, temporadas de calor o de lluvia agobiantes. Se comparten tensiones e incertidumbres. Es imposible no involucrarse en la vida del país de adscripción. Paz escribió una carta a su colega Tomás Segovia en septiembre de 1965. Estaba sumamente inquieto y preocupado:

Vivimos colgados, literalmente, del radio y sus voces contradictorias (Delhi, Pekín, Rawalpindi y, a veces, Londres). ¿Qué resolverán las Naciones Unidas y, sobre todo, cuál será la respuesta del primer ministro Shastri al ultimátum chino, que se vence, como en la pieza de Tirso de Molina, a las 12 de la noche del miércoles? No es broma: por un exceso de confianza en su “causa” o en sus armas, movidos por el soplo de los “espíritus del mal” (chinos y gringos), los paquistanos y los indios pueden arder... y nosotros con ellos.

Nueve días antes, redactó un largo informe sobre la situación que prevalecía en la región, en el que empezaba diciendo:

En el párrafo final de mi oficio número 714 del 4 del mes en curso, decía a la Secretaría que el curso de los acontecimientos me hacía temer que el conflicto indo-paquistanó sobre Cachemira se transformase en una guerra en forma. Así fue. En la madrugada del 6 el ejército indio cruzó la frontera en el Punjab y en unas cuantas horas llegó hasta los suburbios de la importante y populosa ciudad de Lahore. Desde esa vivimos en estado de guerra. No declarada pero no por eso menos real.

Concluyó su estupendo informe con las dificultades diarias que imponía el conflicto:

No quisiera cerrar este informe sin referirme brevemente a las condiciones de vida y trabajo en Delhi. Hasta ahora la única alteración notable ha sido la imposición de la queda, que dura de las siete de la noche hasta la madrugada. Las otras medidas habituales — racionamiento, censura de la correspondencia, etc.— no se harán esperar. Se nota ya cierta carestía en los víveres y otros artículos de consumo.

En cuanto a la vida diplomática, señaló:

Las misiones diplomáticas han suspendido todas sus recepciones. En dos o tres ocasiones, aviones de Paquistán han intentado, sin éxito, penetrar Delhi para bombardear el puerto aéreo militar (a algunos kilómetros de la capital). Las sirenas de alarma suenan todas las noches. El temple popular es confiado y la gente ha recibido con alegría las noticias de los primeros éxitos (aunque el Gobierno, con prudencia, ha advertido al público que habría altas y bajas). Preveo, sin embargo, momentos muy difíciles para la población civil si el conflicto se prolonga.

Respecto de su embajada y ante la exasperante carencia de información más precisa sobre la resonancia internacional del conflicto, también apuntó:

El personal a mis órdenes trabaja con discreción y eficacia. Para alentarlos, sugiero a la Secretaría el envío diario de algún periódico mexicano, tal como he solicitado en otros oficios (nunca se ha contestado a mis peticiones). Por último, seguiré informando con toda regularidad —a no ser que el estado del correo aéreo o *cualquiera otra circunstancia* me obliguen a emplear medios menos directos. En este caso, la Secretaría comprenderá la razón de mi discreción y, aún, de mi silencio. Por lo demás, utilizaré la vía telegráfica cada vez que sea necesario. Una última sugerencia: *es indispensable iniciar el anunciado servicio de valijas.*

La complejidad del conflicto indo-paquistaní era analizada rigurosamente por el embajador de manera crítica y con sugestiva lucidez. Paz advirtió que en el contexto de la Guerra Fría, las posiciones de los países de la región tendían a nuevos reacomodos. Así, los indios comenzaron a relativizar el imperialismo occidental por una razón: “Habían descubierto cerca de sus fronteras al imperialismo oriental”. Conocía muy bien los antecedentes de esa tensa vecindad y a mediados del año de 1967, informó a la Secretaría, mediante un telegrama cifrado, que en su condición de decano del cuerpo diplomático había tenido que intervenir, por pedido del alto comisionado de Paquistán, quien lo enteró de que “entre diez y ocho y diez y nueve horas Embajada República Popular China fue atacada multitud quien penetró recinto y lesionó nueve miembros personal chino”. Paz se entrevistó de inmediato con el ministro de Relaciones Exteriores, el embajador Jha, y le expuso la necesidad de que los funcionarios chinos recibieran atención médica inmediata. El ministro le aseguró que ya se les proporcionaba y lamentó el desafortunado incidente.

¡Vaya proporciones! Una masa formada por cinco mil individuos que pertenecían al partido nacionalista Jansang burló el cerco policiaco e invadió el jardín de la embajada de China, luego prendió fuego al garaje e intentó hacerse de la bandera para quemarla. Los funcionarios chinos se resistieron y por esa razón fueron agredidos. Cumplida su mediación, el decano le informó al funcionario paquistaní los resultados y con profesionalismo lo hizo también con el encargado de negocios chino —aun cuando

México no tenía relaciones con China—, quien, en todo caso, debió ser el que solicitara la intervención de Paz.

Uno de los acontecimientos culturales de México en distintas ciudades de la India mantuvo ocupado al embajador Paz: “¡Gamboa me persigue!” —exclamó divertido en una carta. Fueron buenos amigos. En 1937 viajaron juntos a España en la delegación mexicana que asistió al Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas; el poeta tenía 23 años entonces. Ambos estuvieron involucrados en uno de los proyectos de difusión de la cultura mexicana realizados en la India: la exposición *Retrato de México*. La SRE patrocinó la muestra y Fernando Gamboa fue el curador del proyecto. Abarcaba los distintos periodos en que se suele presentar el arte de México: el precolombino, el virreinal y también el del siglo XIX, y las expresiones pictóricas que se derivaron de la Revolución mexicana. Fue sin duda un momento brillante de la diplomacia cultural mexicana.

Al embajador Valdés le divierte aún recordar que Gamboa convenció a varios coleccionistas mexicanos para que prestaran temporalmente sus obras en la muestra, pues lo de “temporalmente” era un decir, ya que las obras tardaron más de cinco años en retornar a México.

Habían pasado más de tres lustros de la carrera de Octavio Paz en el Servicio Exterior; comenzó con el rango más bajo y alcanzó el más alto, de embajador. En forma paralela, su importancia internacional como poeta y ensayista se hacía cada vez más evidente e influyente. Al igual que su obra, el reconocimiento crecía sin cesar. Se veía obligado a solicitar licencia para ser profesor invitado en universidades, asistir a festivales de poesía y encuentros de escritores. Acariciaba un proyecto propio: crear una revista junto con Carlos Fuentes y Tomás Segovia, un espacio donde se ejercieran la “crítica de la creación y la creación crítica”. Le parecía un imperativo intelectual y también pensaba que esta nueva empresa necesariamente lo alejaría del servicio diplomático.

En diciembre de 1967 escribía a Segovia: “Por lo que toca a mi regreso a México. Ya les he dicho (a ti, a Carlos y a Orfila) que depende fundamentalmente de dos cosas: la primera, asegurar la vida de la revista por lo menos durante dos años; la segunda, conseguir mi jubilación (ando en esto) y obtener una entrada decente en la Universidad o en algún otro sitio”. Sin embargo, el proyecto se retrasaba cada vez más. El carácter independiente

de la revista sorteaba su futuro en el incierto financiamiento que exigía su edición. La cercanía que tuvo con André Malraux le permitió hablarle del proyecto editorial y obtener una respuesta positiva del escritor y político galo. Sin embargo, la posibilidad de patrocinio de la revista se sometería al Ministerio de Negocios Extranjeros, cuestión que Paz rechazó tajantemente y con ello clausuró en definitiva esa puerta.

El embajador Paz continuaba con “los deberes de su oficio”, una frase que intercalaba en su correspondencia privada y se mantenía atento a sus tareas. Corría el año de 1968 y su atención se concentraba en las rebeliones estudiantiles que surgieron en varios países, la India inclusive. Les dedica reflexiones, las analiza y compara. Le refiere a Jean-Clarence Lambert, en una carta fechada el 19 de agosto de ese año: “Te habrás enterado de que en México también los estudiantes se han rebelado. El movimiento tiene un sentido al de París: no es una ‘contestación’ total sino algo menos ambicioso pero, dentro de México, más factible. Esta agitación ha terminado con mis últimas dudas. Desde hace más de un año deseo regresar a México y tratar de ser útil en algo”.

Desde sus inicios, Paz saludó las protestas y movilizaciones de los estudiantes mexicanos. En otra carta a su amigo y traductor reiteraba: “Te habrás enterado por los periódicos de que en México también hay agitación estudiantil. Ya era tiempo. Esta revuelta —inclusive si fracasa momentáneamente— es más viable que las de Occidente. Lo que piden los muchachos, en el fondo, es la reforma del sistema político”.

Agudeza y lucidez pone en juego para explicar su conclusión:

Esta reforma no es sino la consecuencia del gran desarrollo económico del país durante los últimos cuarenta años, un desarrollo que si ha mejorado la condición del proletariado —no en la proporción justa y deseable— y ha creado una nueva clase media, no se ha traducido en una participación política real de esas fuerzas. Es una crisis de la mitad “desarrollada” de México.

No solamente de manera privada externó sus opiniones, también lo hizo de manera oficial. A pedido de sus superiores, escribió un prolijo informe

sobre el movimiento estudiantil en la India y el modo en que el gobierno local enfrentaba el conflicto.

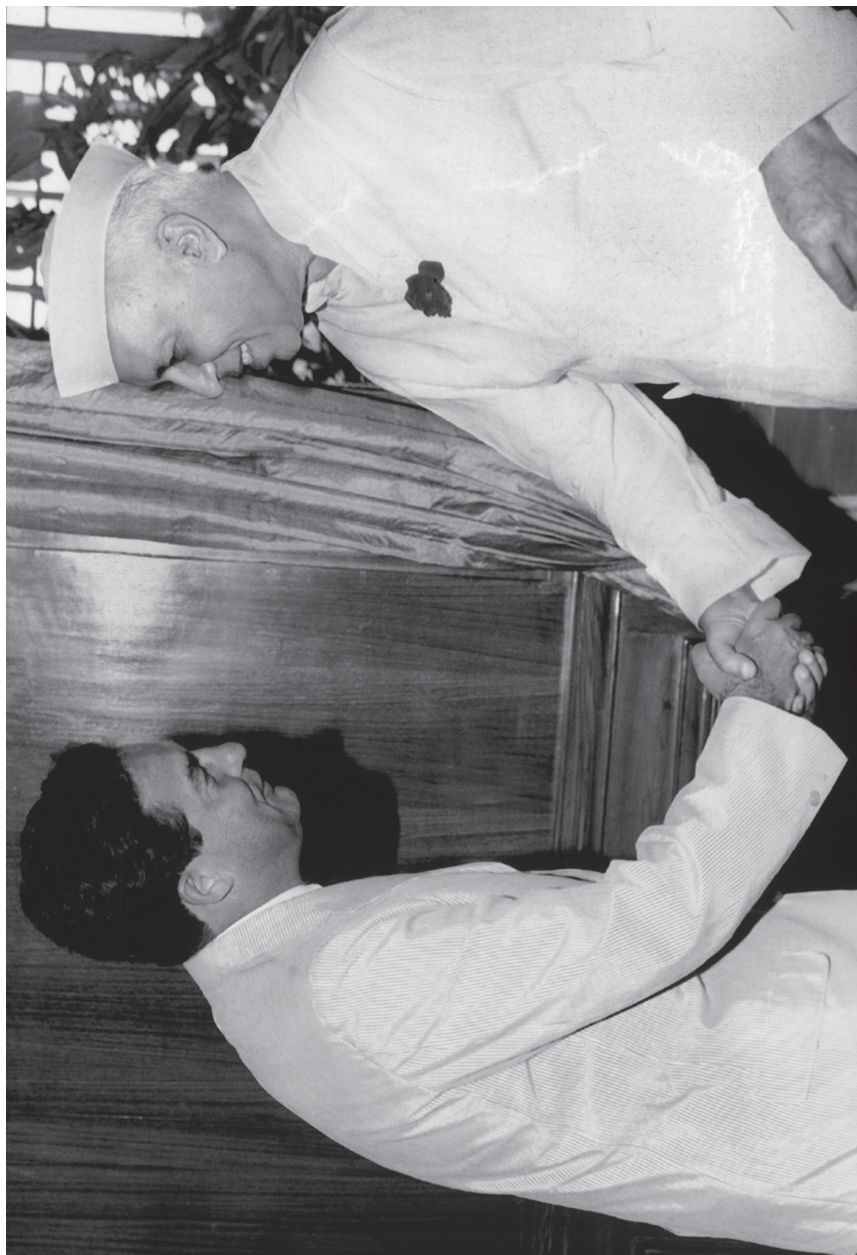
Como apunta Guillermo Sheridan, su renuncia “es el final de la estancia de Paz en la India, es decir, el final de su carrera diplomática, el que se ha convertido en el episodio paradójicamente central de una extensa hoja de servicios”. En efecto, no es poco lo que se ha escrito y publicado sobre su separación del Servicio Exterior y las circunstancias en que se produjo, además de las repercusiones que tuvo a nivel nacional e internacional. El embajador Raúl Valdés, que había sido transferido unos meses antes a la embajada mexicana en La Habana, Cuba, sintetiza cualquier explicación al respecto: “A Octavio Paz le disgustaba sobremanera el autoritarismo. Viniese de donde viniese, no lo toleraba”.

Al dejar su cargo, Paz remitió a la SRE un último informe en el que recapituló su gestión como embajador en la India. Podría haberse jactado de una labor diplomática estupenda, pero no lo hizo. Por el contrario, redactó nueve páginas a renglón seguido sobre el estado de la relación bilateral y las oportunidades que debían buscarse en áreas como la comercial y la científica; plasmó también un análisis de la evolución de la política exterior de la India y sus perspectivas futuras, y concluyó con el estado en que dejaba la administración de la embajada.

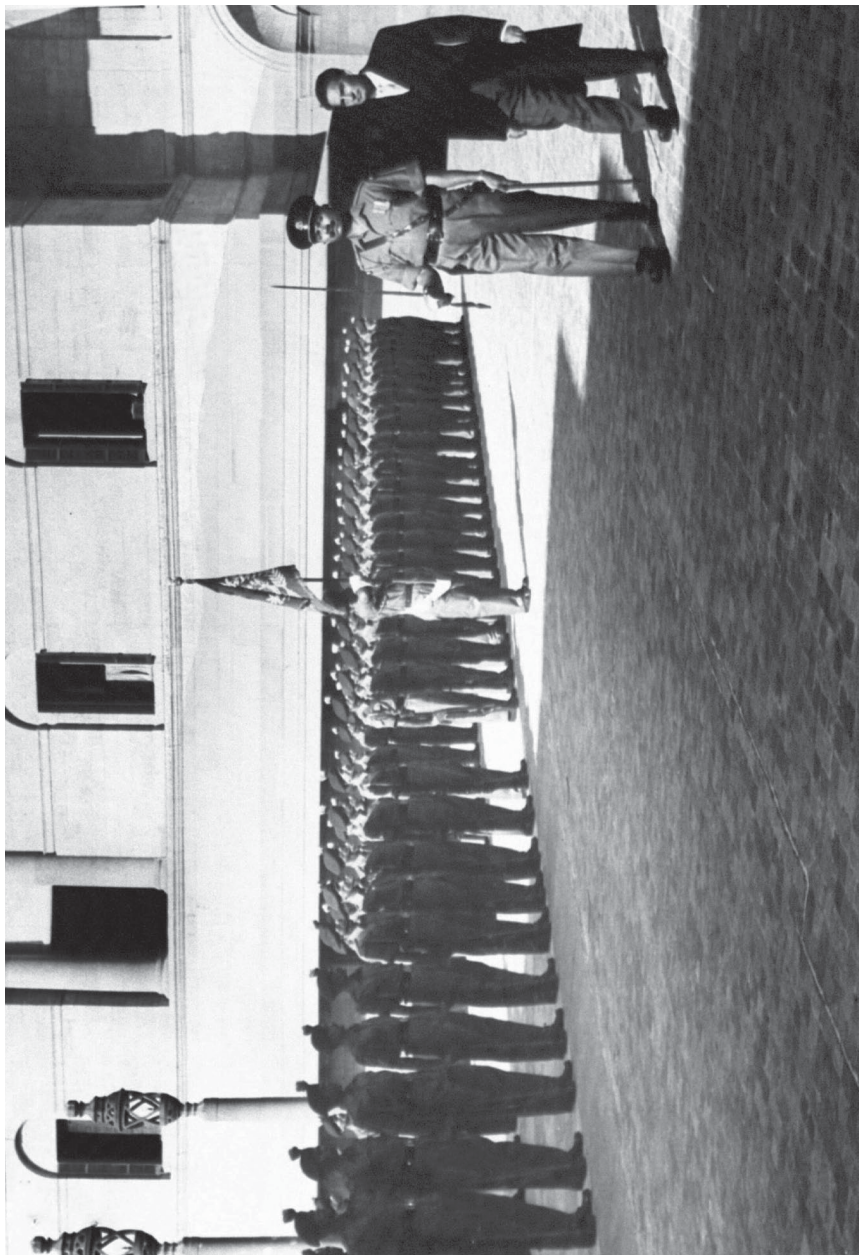
En su libro *Vislumbres de la India*, publicado muchos años después, se refirió así a su vida diplomática:

No reniego de los años que pasé en el servicio exterior de México, al contrario, los recuerdo con gratitud. Aparte de que, grosso modo, estuve casi siempre de acuerdo con nuestra política internacional, pude viajar, conocer países y ciudades, tratar con gentes de diversos oficios, lenguas, razas, condiciones, y, en fin, escribir. Mi carrera, si se la puede llamar así, fue oscura y muy lenta.

Se puede coincidir en lo segundo, pero no en lo primero: Octavio Paz fue un distinguido diplomático mexicano.



Octavio Paz y Jawaharlal Nehru, primer ministro de India. Nueva Delhi, India, 7 de septiembre de 1962. (Archivo fotográfico de la Embajada de México en la India.)



Octavio Paz en la ceremonia de entrega de cartas credenciales como embajador de México en Nueva Delhi, India, 10 de septiembre de 1962. (AHD, Expediente personal Octavio Paz, III-2944-1 parte 1.)



Octavio Paz presenta cartas credenciales como embajador de México en la India ante el presidente Sarvepalli Radhakrishnan. Nueva Delhi, India, 10 de septiembre de 1962. (AHD, Expediente personal Octavio Paz, III-2944-1 parte I.)



Octavio Paz presenta cartas credenciales como embajador de México en la India ante el presidente Sarvepalli Radhakrishnan. Nueva Delhi, India, 10 de septiembre de 1962. (AHD, Expediente personal Octavio Paz, III-2944-1 parte 1.)



Octavio Paz y el presidente Sarvepalli Radhakrishnan. Nueva Delhi, India, 10 de septiembre de 1962. (AHD, Expediente personal Octavio Paz, III-2944-1 parte I.)



El presidente Adolfo López Mateos a su llegada a Nueva Delhi. De izquierda a derecha, Octavio Paz, Zakir Hussain, Jawaharlal Nehru, Eva Sámano de López Mateos, Sarvepalli Radhakrishnan, Adolfo López Mateos y Eva Leonor "Avecita" López-Mateos Sámano. Nueva Delhi, India, 6 de octubre de 1962. (Archivo fotográfico de la Embajada de México en la India.)



El primer ministro indio Jawaharlal Nehru recibe al presidente Adolfo López Mateos. Nueva Dehli, India, 10 de octubre de 1962. (Archivo fotográfico de la Embajada de México en la India.)